

Cartografía de la herida

MAITE PAGAZAURTUNDÚA

Más de trescientos casos de asesinato de hombres, mujeres y niños cometidos desde 1978 por ETA están sin resolver. La gran mayoría no podrán ser juzgados ya, aunque se llegaran a conocer los datos o aunque los propios asesinos nos los contaran. ¿Han saltado las alarmas en los grupos políticos o entidades que apoyan la aventura de la legalización de Batasuna? No. ¿Se plantean exigir a sus socios la verdad para entregársela a las familias machacadas, como una forma de respeto humano? No. Les alejaría de su objetivo: dejar de ser irrelevantes en las elecciones y tocar parte del poder político, así como acariciar sus sueños de la patria.

Más de trescientos expresos de ETA se mostraron orgullosos de haber sufrido cár-

cel tras formar parte de la estructura de acoso, extorsión y asesinato de sus vecinos. Ni en el momento en que se mostraron más amables ante la opinión pública se les pasó por la imaginación responder preguntas de los periodistas. Pero desde luego no pensaron en dar luz y verdad sobre los casos de asesinatos sin resolver. No está en la agenda de los responsables materiales.

Quienes durante décadas se han manifestado en las calles pidiendo a ETA que matara, lo hacen ahora para que vuelvan a casa los responsables de su encargo. Se convencer así de su bondad e inocencia al educar a dos generaciones de niños para que algunos de ellos se convirtieran en asesinos. Se desligan de la atrocidad por haber pedido muertos a ETA, a gritos, en cada uno de nues-

tros pueblos. Los responsables morales.

Los testigos. Tal vez nos hayamos convertido en una gigantesca estatua de sal. Florencio Domínguez dejó escrito en 'Las raíces del miedo' que «la historia de los últimos veinticinco años del País Vasco no podrá entenderse en toda su complejidad si no se tiene en cuenta un factor que la atraviesa a lo largo de este periodo: el miedo».

Faltan programas para reconocerlo, para conocer sus mecanismos y poder evitar algunas de las secuelas de lo que sucede cuando una sociedad víctima llega a valorar como una recompensa el cese de la violencia condicionado, en su primer pago, a agradecer el viaje de los asesinos y sus responsables políticos hacia el poder institucional. Uno de los efectos del miedo es la esclavitud de la atención. Otro, la humillación asumida. Se puede citar también el bloqueo de la voluntad personal y política ante la sutil y velada amenaza de que podría retirarse el alivio, de que podría regresar la violencia si no se atienden reivindicaciones que parecen inocentes, pero que son un entrenamiento, objetivos intermedios, para ir enseñándonos a obedecer en la nueva etapa.